

**E**n el lindero de un frondoso bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el chicuelo se llamaba Hänsel y la niña Gretel. Poco era lo que tenía para pinchar y cortar e hincar el diente; y en una ocasión cuando una gran alza de precios azotó el país, ni siquiera podía llevar a la casa el pan de cada día.

Hallándose una noche pensando en su situación, dando vueltas y vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño por las preocupaciones, dio un suspiro y le dijo a su mujer:

-¡Qué será de nosotros! ¿Cómo podremos dar de comer a nuestros pobres hijos si no tenemos ni para nosotros mismos?

-¿Sabes una cosa, esposo mío? -respondió la mujer-: llevemos mañana de madrugada a nuestros niños al bosque, allí donde la espesura sea mayor; entonces haremos un fuego y le daremos a cada uno un mendruguillo de pan; luego nos iremos a trabajar y los dejaremos solos. Nunca encontrarán el camino de regreso a casa, y nos habremos desembarazado de ellos.

-No, mujer -dijo el hombre-, eso no lo haré ¿cómo podría yo abandonar a mis hijos en el bosque?, las fieras salvajes llegarían inmediatamente y los despedazarían.

-¡Oh, estúpido de ti! -exclamó ella-, entonces moriremos los cuatro de hambre. ¡Ya puedes ir cortando las tablas para los ataúdes!

Y no le dejó ni un instante en paz hasta que acabó por dar su consentimiento.

-Pero los pobres niños me dan mucha lástima -dijo el hombre.

Los dos niños tampoco habían podido dormir por el hambre y habían estado escuchando lo que la madrastra dijo a su padre.

Gretel lloraba amargamente, y entre sollozos le dijo a Hänsel:

-Ahora estamos perdidos.

-Tranquilízate, Gretel -dijo Hänsel-, no te aflijas; yo sabré cómo sacarnos del aprieto.

Y cuando los viejos se hubieron dormido, Hänsel saltó de la cama, se puso su chaquetilla, abrió sigilosamente la puerta y se deslizó fuera de la casa. La luna brillaba espléndidamente, y las blancas chinas relucían como monedillas de plata en el suelo. El chico se agachó y recogió tantas piedras como pudo meterse en los bolsillos de su chaquetilla. Luego regresó y le dijo a Gretel:

-Consuélate, hermanita querida, y duerme tranquilamente; Dios no nos abandonará.

Y diciendo esto, volvió a meterse en la cama.

Cuando apuntaba el día, antes de que hubiese salido el sol, entró la mujer y despertó a los dos niños.

-¡A levantarse, holgazanes!; vamos a ir al bosque a por leña -y dándole a cada uno un mendruguillo de pan, añadió-: Aquí tenéis algo para el almuerzo; pero no os lo vayáis a comer antes, pues no recibiréis nada más.

Gretel recogió el pan en su delantal, puesto que Hänsel tenía los bolsillos llenos de piedras. Luego se dirigieron todos juntos hacia el bosque. Cuando habían caminado un rato, se detuvo Hänsel y miró hacia atrás, en dirección a la casa; y esto lo hizo de nuevo, repitiéndolo una y otra vez.

-Hänsel -dijo el padre-, ¿qué estás mirando y por qué te retrasas?; pon cuidado y no olvides que tienes piernas para caminar.

-¡Ah!, padre -respondió Hänsel-, miro a mi gatito blanco; está en el techo y quiere decirme adiós.

-¡Zoquete! -gruñó la mujer-. Lo que ves no es tu gatito, es el sol, que ya se asoma por la chimenea.

Pero Hänsel no había estado mirando al gatito, sino que había ido arrojando por el camino, cada vez que se detenía, una de las blancas chinas que llevaba en su bolsillo.

Una vez bien adentrados en el bosque, dijo el padre:

-Ahora a recoger leña. Haré fuego para que no paséis frío.

Hänsel y Gretel se pusieron a coger ramas secas hasta que hicieron un buen montoncito de ellas. La leña fue encendida, y cuando chisporroteaban altas las llamas, dijo la mujer:

-Y ahora, chicos, sentaos al fuego, y no os mováis de aquí. Nosotros nos vamos a cortar leña. Cuando terminemos, volveremos por vosotros.

Hänsel y Gretel se sentaron alrededor del fuego y cuando llegó el mediodía, cada uno comió su mendruguillo de pan. Y como habían estado oyendo hachazos, creyeron que su padre estaba cerca. Pero no era un hacha lo que oían; era una rama que su padre había atado a un árbol seco y que el viento movía, haciéndola golpear contra el mismo. Y cuando hubieron esperado mucho, los ojos se les cerraron de cansancio y se sumieron en un profundo sueño. Al despertar, había entrado ya la noche y la más profunda oscuridad les rodeaba.

-¡Cómo vamos a salir del bosque! -exclamó Gretel, rompiendo a llorar.

-Espera un momento -la consoló Hänsel- hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando salió la luna llena, Hänsel cogió a su hermanita de una mano y fue buscando las chinas, que relucían como monedillas de plata recién acuñadas que les enseñaran el camino. Estuvieron andando toda la noche y llegaron a la casa del padre al irrumpir el día. Llamaron a la puerta, y cuando abrió la mujer y vio que eran Hänsel y Gretel, dijo:

-¡Chicos malos!, ¿cómo habéis estado tanto tiempo durmiendo en el bosque?; ya creíamos que no pensabais regresar.

Pero el padre se alegró, pues le había llegado al alma el haberlos dejado solos.

No pasó mucho tiempo sin que la miseria se adueñase de nuevo de la casa. Y los niños oyeron cómo la madre le hablaba al padre por la noche, en la cama:

-Ya nos lo hemos comido todo de nuevo; sólo nos queda un pan. Y luego: ¡sanseacabó! Los niños han de irse. Llévelos bosque adentro, más lejos que la última vez, para que no puedan hallar el camino. De lo contrario, no tendremos salvación.

Al hombre esto le dolía mucho, y dijo:

–Sería mejor que repartieses con tus hijos hasta el último mendrugo.

Pero la mujer no quería escuchar razones; se mofó de él y le hizo reproches. Quien había dado su palabra, tenía que mantenerla; y como había cedido la primera vez, tuvo que ceder la segunda.

Sin embargo, los niños todavía estaban despiertos y escucharon la conversación. Cuando los viejos se durmieron, Hänsel se levantó de la cama y quiso ir a recoger chinias como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y Hänsel no pudo salir. No obstante, consoló a su hermanita y dijo:

–No llores, Gretel, y duérmete tranquila, que Dios nos ayudará.

Por la madrugada se presentó la mujer e hizo salir a los niños de la cama. Cada uno recibió su mendruguillo de pan, que era más pequeño que el de la última vez. Por el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmenuzó en sus bolsillos; se detuvo con frecuencia, arrojando siempre una miguilla a la tierra.

–Hänsel –dijo el padre–, ¿por qué te detienes y miras hacia atrás? ¡Sigue tu camino!

–Miro a mi palomita; está sobre el tejado y quiere decirme adiós.

–¡Zoquete! –exclamó la mujer–, eso no es tu palomita, es el sol, que ya se asoma por la chimenea.

Pero Hänsel fue arrojando por el camino todas las miguillas, una detrás de otra.

La mujer llevó a los niños muy adentro del bosque, allí donde no habían estado nunca. De nuevo hicieron un gran fuego, y la mujer dijo:

–Quedaos ahí sentados, niños; y si os cansáis, podéis dormir un poco. Nosotros vamos a cortar leña, y en la tarde, cuando acabemos, vendremos por vosotros.

Cuando llegó el mediodía, Gretel compartió su pan con Hänsel, que había esparcido su pedazo por el camino. Entonces se durmieron, y llegó la noche, pero nadie vino por los pobres niños. Se despertaron bien entrada la noche, rodeados de tinieblas, y Hänsel consoló a su hermanita y dijo:

–Espera un momento, hasta que salga la luna; entonces veremos las miguillas que he ido tirando, y ellas nos mostrarán el camino de casa.

Cuando salió la luna se pusieron en camino; pero no encontraron ni una miga de pan, pues se las habían comido los miles de pájaros que revoloteaban por bosques y prados. Hänsel le dijo a Gretel:

–Encontraremos el camino.

Pero no lo encontraron. Anduvieron toda la noche y todo un día, desde por la mañana hasta por la tarde; pero no lograron salir del bosque y estaban hambrientos pues no pudieron comer más que unas pocas bayas que quedaban por el suelo. Y como estaban tan cansados que las piernas ya no los sostenían, se echaron bajo un árbol y quedaron dormidos.

Comenzó ya la tercera mañana desde que abandonaron la casa del padre. Empezaron de nuevo la marcha, pero cada vez se internaban más profundamente en el bosque, y como no recibieran pronto ayuda, morirían de hambre. Cuando llegó el mediodía vieron a un pajarillo hermoso y blanco como la nieve que estaba posado sobre una rama; tenía un canto tan agradable que se detuvieron a escucharlo. Y cuando hubo terminado de cantar, extendió las alas y se echó a volar delante de ellos. Y ellos lo siguieron, hasta que llegaron a una casita, sobre cuyo tejado se posó; y cuando se acercaron, vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de galletas; y las ventanas eran de transparente azúcar.

-Vamos a caer sobre ella -dijo Hänsel- y a darnos un buen banquete. Me comeré un trozo del techo, Gretel; tú puedes comer de la ventana: sabe a dulce.

Hänsel se estiró y partió un trozo del techo, para ver cómo sabía; y Gretel se acercó a una ventana y la mordisqueó. Entonces llamó una fina voz por la ventana:

-Mordisco, mordisco, pellizquito,  
¿quién está mordisqueando mi tejadito?

Y los niños respondieron:

-El viento, el vientecito,  
ese niño preciosito.

Y siguieron comiendo, sin dejarse intimidar. Hänsel, a quien el tejado le gustaba mucho, le arrancó un gran pedazo; y Gretel arrancó todo el vidrio redondo de una ventana, se sentó en el suelo y comenzó a paladearlo. Entonces se abrió de repente la puerta y salió arrastrándose pesadamente una anciana decrepita, que caminaba apoyándose en un bastón.

Hänsel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos.

-¡Eh, niños queridos! -habló la mujer, meneando la cabeza-, ¿quién os ha traído aquí? Acercaos y quedaos conmigo, que nada os pasará.

Cogió a los niños de la mano y los metió dentro de la casita. Les preparó una buena comida, con leche y buñuelos con azúcar, y manzanas y nueces. Después les arregló dos lindas camitas, que puso de punta en blanco, y Hänsel y Gretel se acostaron en ellas y pensaron estar en el cielo.

La vieja sólo había simulado esta gran amabilidad, pues, en verdad, era una bruja mala, que acechaba a los niños y que había construido la casita de pan solamente para atraérselos. Cuando un niño caía en sus garras, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía; y esto era una fiesta para ella. Las brujas tienen los ojos rojos y no pueden ver muy lejos, pero tienen un fino olfato como los animales y advierten la llegada de los hombres. Cuando Hänsel y Gretel llegaron a ella se echó a reír malintencionadamente y dijo con sarcasmo:

-A éstos los tengo, y no se me escaparán.

Por la mañana temprano, antes de que los niños se despertaran, se levantó; y al verlos descansar como angelitos, con sus gorditas mejillas sonrosadas, murmuró para sus adentros:

-Van a ser un buen bocado.

Entonces cogió a Hänsel con sus huesudas manos y se lo llevó a un corralillo, donde lo encerró tras unas rejas: allí podría gritar el niño cuanto quisiera, que nadie vendría en su ayuda. Entonces regresó a donde estaba durmiendo Gretel, la sacudió violentamente y gritó:

-¡Levántate, holgazana! Ve por agua y prepárale algo bueno de comer a tu hermano. Está afuera, en el establo, y ha de engordar. Cuando esté gordo, me lo comeré.

Gretel se echó a llorar desesperadamente; pero todo fue en vano: tuvo que hacer lo que le pedía la bruja mala.

Entonces se le preparó al pobre Hänsel la mejor de las comidas, pero Gretel no recibió más que caparazones de cangrejos. Todas las mañanas se deslizaba la vieja al corralillo y decía:

-Hänsel, saca un dedito, para que vea si ya estás gordito.

Pero Hänsel sólo asomaba un huesecillo; y la vieja, que, con sus ojos vidriosos, no podía ver, creía que era un dedo de Hänsel, y se admiraba de que éste no engordase. Cuando habían transcurrido cuatro semanas y Hänsel seguía estando delgado, se apoderó de ella la impaciencia y no quiso esperar más.

-¡Ven aquí, Gretel! -le gritó a la niña-, date prisa y trae agua; por mí ya puede estar Hänsel gordo o flaco: mañana le cortaré en pedazos y lo coceré.

¡Oh, cómo gemía la pobre hermanita mientras tenía que llevar agua, y cómo le corrían las lágrimas por sus mejillas!

-¡Dios mío -exclamó-, ayúdanos! Si las fieras del bosque nos hubiesen comido, al menos hubiésemos muerto juntos.

-Puedes ahorrarte esas sandeces -dijo la vieja- nadie te ayudará.

Por la mañana temprano tuvo que salir Gretel a colgar el caldero con agua y a hacer fuego.

-Primero vamos a hacer pan -dijo la vieja-; ya he encendido el horno y he amasado la harina.

Y empujó a la pobre Gretel, levantándola hasta el horno, por el que ya salían las llamas.

-Métete dentro -dijo la bruja- y mira a ver si está bien encendido, para que podamos meter el pan.

Y una vez que Gretel estuviese dentro, pensaba cerrar el horno; y Gretel habría de asarse en él, y luego se la comería. Pero Gretel advirtió sus intenciones y dijo:

-No sé cómo he de hacerlo; ¿cómo puedo entrar?

-¡Niña estúpida! -exclamó la vieja-; la abertura es lo suficientemente grande; ¿no ves que hasta yo podría entrar?

Entonces se empinó y metió la cabeza en el horno. Y Gretel le dio tal empujón que la metió dentro; cerró la tapa de hierro y pasó el pestillo. ¡Ay!; allí fue el aullar: la bruja daba berridos espeluznantes. Pero Gretel se alejó y la bruja maldita se achicharró miserablemente.

Y Gretel fue corriendo directamente a donde estaba Hänsel, abrió el corralillo y dijo:

-Patito, patito,  
Hänsel y Gretel están solitos.  
No hay puente ni vado;  
llévanos sobre tu lomo alado.

El patito se acercó, y Hänsel se montó en él y pidió a su hermanita que se sentara a su lado.

-No -respondió Gretel-, será demasiado pesado para el patito; que nos lleve a uno después de otro.

Y esto fue lo que hizo el buen animalito, y cuando hubieron pasado felizmente a la otra orilla y hubieron andado un ratito, el bosque se les fue haciendo cada vez más conocido y más familiar, hasta que finalmente divisaron a lo lejos la casa de su padre. Entonces echaron a correr, entraron presurosos al cuarto y se echaron en los brazos de su padre. El hombre no había pasado ni un instante feliz desde que dejara a los niños en el bosque; mas la mujer había muerto. Gretel sacudió su delantalillo y las perlas y las piedras preciosas saltaron y rodaron por el suelo. Hänsel iba sacando un puñado tras otro de su bolsillo y los arrojaba por el cuarto. Entonces se acabaron todas sus preocupaciones y vivieron siempre felices y contentos. Mi cuento se ha acabado, por allí corre un ratón; quien lo coja podrá hacerse una capa grande, muy grande, de pieles.

-Hänsel, estamos salvados; la vieja bruja ha muerto.

Entonces salió Hänsel, como sale un pájaro de su jaula cuando se le abre la puerta. ¡Cómo se alegraron!, ¡cómo se abrazaron!, ¡cómo saltaron y brincaron y se besaron! Y como ya no tenían nada que temer, entraron en la casa de la bruja, y allí había en todos los rincones cofres llenos de perlas y piedras preciosas.

-Éstas son mejores que las chinas -dijo Hänsel, rellenándose los bolsillos de ellas.

-Yo también quiero llevar algo a casa -dijo Gretel, y se llenó el delantalillo.

-Pero ahora hemos de irnos -dijo Hänsel-, para que salgamos de este bosque de brujas.

No habían caminado más que algunas horas cuando llegaron a la ribera de un ancho río.

-No podemos pasar -dijo Hänsel-; no veo ni vado ni puente.

-Tampoco pasan por aquí barquitos -añadió Gretel-. Pero mira, allí nada un pato blanco; si se lo pido, nos ayuda a pasar.

Y entonces llamó: